

tierras de que habeis hablado? no es inversion de nuestro dote?

—¿Cómo podreis hacer comprender en un mayorazgo fundado por el conde de Manerville, los bienes de Madlle. Evangelista? respondió Mathias.

—La chancillería nos aclarará esta dificultad, insistió Solonet.

—Soy el notario del vendedor y del comprador, añadió Mathias, y además Mr. de Manerville puede comprar á su nombre. Cuando verifiquemos el pago, haremos mencion de los fondos dotales.

—Teneis respuestas para todo, dijo riendo Solonet. Habeis estado esta noche admirable, nos habeis vencido.

—Para un viejo que no esperaba vuestras formidables baterías, no ha estado del todo mal.

—Ja! ja! ja! nada de eso.

La odiosa lucha en que tan en peligro habia estado la felicidad material de una familia, era tan solo para ellos una polémica notarial de escaso interés.

—No he tenido yo en vano cuarenta años de

práctica, continuó Mathias. Escuchad, Solonet, añadió; soy un hombre honrado, y quiero que asistais al contrato de venta de las tierras que han de formar parte del mayorazgo.

—Gracias, Mathias. Será vuestro el primer momento libre que tenga.

Mientras que con tanta calma se alejaban nuestros dos notarios, sin otra novedad que una poca de irritacion en la garganta, Pablo y Mad. Evangelista se hallaban presa de esa trepidacion nerviosa que experimentan las personas de sentimientos vivos, despues de una escena en que han sido violentados. En madama Evangelista, los últimos rugidos de la tempestad se hallaban dominados por una terrible reflexion, por una lejana y rojiza claridad que tan solo vislumbraba.

—¿Habrá destruido maese Mathias en pocos minutos mi trabajo de seis meses? preguntábase: ¿No habrá sustraído á Pablo de mi influencia, inspirándole ruines sospechas durante su secreta conferencia del gabinete?

Hallábase de pié, pensativa, con la mano apoyada sobre el mármol de la chimenea.

Cuando la puerta-cochera se cerró tras el carruaje de los dos notarios, volvióse hácia su yerno, impaciente por resolver sus dudas.

—Hoy ha sido el día mas terrible de mi vida, exclamó Pablo verdaderamente gozoso, al ver vencidas todas las dificultades. No conozco hombre mas rudo que ese viejo Mathias. ¡Que Dios le oiga, y llegue yo á ser *par de Francia!* Adorada Natalia, lo deseo por vos mas que por mí; vos sois mi única ambicion: vivo solo en vos, en vuestro amor.

Al oír esta frase salida del corazón, al ver la límpida mirada de los azules ojos de Pablo, la alegría de Mad. Evangelista fué completa. Reprochóse interiormente las duras frases con que habia espoleado á su yerno: recobró su tranquila calma, y su mirada tornó á espesar aquella dulce amistad que tan seductora la hacía: entonces respondió á Pablo:

—Puedo deciros otro tanto: mas acaso mi ardiente sangre española me habrá llevado mas lejos de lo que mi corazón deseaba. No me guardéis rencor por algunas palabras dichas inconscientemente: dádme vuestra mano.

Pablo, confundido por aquellas palabras, abrazó á Mad. Evangelista.

—Querido Pablo, le dijo conmovida. ¿Por qué esos dos galafates no han arreglado el asunto, sin necesidad de que nosotros lo hayamos presenciado?

—Hubiera ignorado yo cuán generosa sois.

—Bien dicho, Pablo, exclamó Natalia.

—Tenemos que arreglar algunas cosas, hijo mio. Mi hija y yo despreciamos esas nimiedades que en tanta consideracion son tenidas por algunas gentes. No hay necesidad de que compreis diamantes á Natalia: la cedo los míos.

—¡Oh! madre mia, ¿creeis que los aceptaré de buen grado?

—Sí, hija mia: es una condicion del contrato.

—No quiero, no me casaré, contestó vivamente Natalia. Guardad esas joyas que mi padre os regaló. ¿Cómo ha podido Pablo exigir?...

—Calla, hija mia, dijo la madre con los ojos llenos de lágrimas. Mi ignorancia de los negocios aun exige algo mas.

—¿Aun mas?

—He de vender este hotel para pagarte lo que te debo.

—¿Qué podeis deberme vos, á quien debo la vida? Podré yo jamás satisfaceros esta deuda? Si mi matrimonio os cuesta el mas pequeño sacrificio, no me caso.

—¡Hija mia!

—Querida Natalia, exclamó Pablo, no es por vuestra madre, ni por vos, ni por mí, por quien se exigen estos sacrificios, pero los hijos...

—¿Y si no me caso? interrumpió ella.

—¿Es decir, que no me amais? dijo Pablo.

—Vamos, loquilla, ¿crees que un contrato es un castillo de naipes? Tú no sabes cuanto nos ha costado constituir un mayorazgo: no nos envuelvas otra vez en embrollos que hemos podido desenredar.

—¿Pero por qué arruinar á mi madre?

—¿Por qué sois vos tan rica? contestó sonriendo Pablo.

—No os querelleis, hijos míos, que aun no os habeis casado. Pablo, añadió la viuda, no son necesario ni canastillo, ni joyas ni ajuar. Nata-

lia lo posee todo con profusion. Guardad el dinero que hubierais invertido en los regalos de boda, para crearos un pequeño lujo interior. No creo que haya costumbre mas tonta, que gastar cien mil francos en un canastillo, del que no queda al poco tiempo, sino un viejo cofrecillo de saten blanco. Al contrario, cinco mil francos al año bien distribuidos en el tocador, evitan mil cuidados á una jóven esposa, y tiene para toda su vida. Por otra parte, el dinero del canastillo será necesario para arreglar vuestro hotel de Paris. Volveremos á Lans-trac por la primavera, porque durante el invierno, tiempo sobrado habrá tenido Selonet para liquidar mis asuntos.

—Todo nos viene bien, exclamó Pablo en el colmo de la alegría.

—Es decir que veré Paris, dijo Natalia con un acento que hubiera asustado á Marsay.

—Si formamos ese plan, voy á escribir á Marsay para que nos tome un palco para la temporada de invierno.

—Sois muy amable; no me atrevia á pedir-roslo. El matrimonio es una institucion muy

agradable, si dá á los maridos el talento de adivinar los deseos de sus esposas.

—Pues eso es el matrimonio, dijo Pablo; pero ya son las doce de la noche y debo retirarme.

—¿Por qué hoy tan pronto? dijo Mad. Evangelista con ese particular mimo, al que tan sensibles son los hombres.

Aunque todo pasó segun las leyes de la mas esquisita política, sin embargo la discusion de intereses habia arrojado en el yerno y en la suegra un gérmen de desconfianza y enemistad, dispuesto á mostrarse á la primera esplosion de cólera, ó manifestacion de un sentimiento algo violentamente oprimido. Entre la mayor parte de las familias tambien se enjendran así las primeras hostilidades, hijas del amor propio, del dolor causado por algunos sacrificios y del deseo de atenuarlos. Cuando se suscita una dificultad, ¿no hay siempre un vencedor y un vencido? Los padres de los futuros, procuran terminar ventajosamente este asunto, para ellos puramente comercial, y que permite los engaños, los provechos y las decepciones de un negocio. La mayor parte de las veces el marido

está iniciado en el secreto de estos debates, pero siempre es la jóven esposa, como Natalia, estraña á estas estipulaciones que la convierten en pobre ó rica. Al marcharse, Pablo pensaba que, gracias á la destreza de su notario, su fortuna estaba asegurada. Si Mad. Evangelista no se separaba de su hija, contaria con mas de cien mil francos anuales: de este modo se realizaban todas sus ilusiones de una feliz existencia.

—Mi suegra me parece una excelente muger, se decia, sometido aun al encanto de las lisonjas conque Mad. Evangelista habia procurado disipar las nubes levantadas por la discusion. Mathias se engaña. Esos notarios desconfian de todo. El mal ha procedido de ese ergotista Solonet que ha querido mostrarnos su habilidad.

Mientras que Pablo se acostaba recapitulando las ventajas que habia conseguido aquella noche, tambien se atribuia la victoria madame Evangelista.

—Y bien, querida madre, ¿estás satisfecha? decia Natalia siguiéndola hasta su alcoba.

—Sí, amor mio, todo ha salido segun mis

deseos, y me he quitado de encima un peso que me sofocaba. Pablo es un hombre de excelente pasta: Sí, hija mía, sí. Viviremos muy bien. Tú le harás feliz y yo me encargo de su fortuna política. El embajador de España es amigo mio, y voy á reanudar relaciones con él, como tambien con todos mis conocimientos. Muy pronto estaremos al dedillo de los negocios y todo será alegría para nosotros. Para vosotros los goces; para mí los últimos quehaceres de la vida, los placeres de la ambicion. No te asustes porque venda mi hotel, ¿crees tú que jamás volvamos á Burdeos? á Lanstrac, sí. Pero pasaremos el invierno en Paris, en donde están ahora nuestros verdaderos intereses. Qué tal, Natalia, ¿era tan difícil de hacer lo que yo te pedia?

—En algunos momentos tenia vergüenza, madre.

—Solonet me ha aconsejado que emplee mi capital en rentas vitalicias, pero no lo haré: no quiero robarte un solo céntimo de mi fortuna.

—Pues yo os he visto á todos muy irritado: ¿cómo se ha calmado la tempestad?

—Con el ofrecimiento de mis diamantes, contestó Mad. Evangelista; Solonet tenia razon. Pero ¡con qué talento ha conducido el asunto! Saca mi joyero, Natalia: jamás he tenido curiosidad de saber lo que valen mis diamantes. Cuando yo decia cien mil francos, estaba loca. Mad. de Gyar pretendia que el collar de perlas y los pendientes que me regaló tu padre el dia de nuestra boda, valian esa suma al menos. Mi desgraciado esposo era muy pródigo. Después mi diamante de familia: el que Felipe II cedió al duque de Alba y me legó mi tia, el *Discreto*, que fué estimado en otro tiempo en cuatro mil doblones.

Natalia depositó en el tocador de su madre sus collares de perlas, sus aderezos, sus brazaletes de oro, sus pedrerías de todas clases, y los amontonó manifestando ese indescriptible placer que gozan ciertas mugeres al aspecto de unos tesoros, con los cuales, según los comentadores del Talmud, sedujeron los ángeles malditos las hijas del hombre.

—Yo lo creo, dijo Mad Evangelista, aqui hay mucho dinero, y si constituimos una sola casa

puedo vender mi servicio de plata que solamente al peso, vale treinta mil francos. Cuando vinimos de Lima recuerdo que esta aduana le atribuía ese valor. Solonet tiene razon. Haré que venga Elías Magus. El judío estimará estas alhajas, y quizás me vea dispensada de emplear el resto de mi fortuna en rentas vitalicias.

—¡Un collar de perlas tan hermoso!

—Espero que te lo deje *él*, si te ama, ¿No es obligacion tuya el hacer cambiar los engastes de esas piedras y ofrecértelas? Los diamantes te pertenecen segun contrato. Vaya, adios, angel mio. Despues de un dia de tanta fatiga, tenemos las dos necesidad de reposo.

La criolla, la gran señora, incapaz de analizar las condiciones de un contrato, que aun no estaba formulado, durmióse contenta y satisfecha al ver su hija casada con un hombre fácil de conducir, que no las privaría sus caprichos, y cuya fortuna unida á la suya, permitiria el lujo que hasta entonces habian gastado. Despues de haber rendido cuentas á su hija, cuya fortuna entera habia reconocido, Mad. Evangelista se encontraba rica aun.

—No debia haberme asustado tanto, se decia; ya quisiera que se hubiesen casado.

La viuda, pues, Pablo, Natalia y los dos notarios se hallaban satisfechos de su primer encuentro. El *Te-Deum* se cantaba en los dos campos, ¡peligrosa situacion! llega un momento en que cesa el error del vencido. Mad. Evangelista creia que la victoria era suya.

Al dia siguiente por la mañana, presentóse Elías Magus en casa de la viuda, creyendo, que segun los rumores que corrian de un enlace próximo entre Natalia y el conde Pablo, era la cuestion el comprarle algunas joyas. El judío se sorprendió al saber que lo que se queria era una tasacion casi legal de los diamantes de la suegra: su instinto le hizo comprender que aquellos valores iban á ser incluidos en el contrato de matrimonio, y no estando en venta los diamantes, los tasó como si debieran ser comprados por un particular, en la tienda de un joyero. Los prácticos son los únicos que saben distinguir los diamantes del Asia de los del Brasil. Las piedras de Golconda y de Visapur se reconocen por una blancura y una limpieza,

que no poseen los otros cuyas aguas tienen un tinte amarillo que los hace menos aceptables. Los pendientes y collar de Mad. Evangelista, de hermosísimos diamantes orientales, fueron apreciados en doscientos cincuenta mil francos. El *Discreto*, ya conocido en el comercio, fué tasado en cien mil. Mad Evangelista preguntó si podría disponer de aquella suma inmediatamente.

—Señora, si quereis vender, es diferente: os daré setenta mil francos del brillante, y ciento setenta mil del collar y los pendientes.

—¿Por qué esa rebaja? preguntó sorprendida Mad. Evangelista.

—Señora, contestó el judío, cuanto mas hermosos son los diamantes, mas tiempo los guardamos nosotros. Las ocasiones de venta están en razon inversa del valor de las piedras, y como el comerciante no debe perder los intereses de su dinero, además de que estas mercancías están sujetas al alza y baja, por esto la diferencia de precio entre la compra y la venta. Vos habeis perdido durante veinte años los intereses de trescientos mil francos, y si cada

año habeis lucido diez veces vuestros diamantes, os han costado mil escudos por vez. Los que conservan diamantes, no son sino unos locos, pero felizmente para nosotros, las mujeres no quieren comprender estos cálculos.

—Os doy gracias por vuestra leccion: la aprovecharé.

—¿Qué deseais vender? preguntó con avidez el judío.

—¿Qué vale el resto? dijo Mad. Evangelista.

El judío consideró el oro de las monturas, miró con cuidado las perlas, examinó los rubíes, las diademas, los broches, brazaletes, cadenas, y dijo entre dientes: Aquí hay muchos diamantes brasileños, y para mí, no vale todo sino unos cien mil francos: pero de comprador á vendedor, muy bien se pueden sacar de estas alhajas cincuenta mil escudos.

—Las retenemos, dijo Mad. Evangelista.

—Haceis mal, respondió Elías Magus. Con las rentas de la suma que representan, dentro de cinco años tendriais tan hermosos diamantes como estos y conservaríais el capital.

Esta conferencia algo singular, fué conocida,

y corroboró algunos rumores escitados por la discusion del contrato. Los criados de la casa supusieron, por algunas voces que habian oido, una discusion mas viva de lo que habia sido en realidad: su charla con otros criados estendióse insensiblemente: de esta baja region, subió á la de sus amos; y tan fija se hallaba la atencion de la ciudad en aquel matrimonio, tanto se ocupaban de él, grandes y pequeños, que á los ocho dias circulaban en Burdeos las mas extrañas versiones. Si Mad. Evangelista vendia su hotel, era porque estaba arruinada. Habia ofrecido sus diamantes á Elías Magus. Nada se habia determinado positivamente entre ella y el conde de Manerville. ¿Se verificaría el matrimonio? Unos decian, *sí*, otros *no*. Preguntados los dos notarios, desmintieron las calumnias y hablaron de dificultades puramente reglamentarias, suscitadas por la fundacion de un mayorazgo; pero cuando la balanza de la opinion pública se inclina hácia un costado, es muy difícil el hacerla recobrar el equilibrio. A pesar de la asercion de los notarios, aunque veian que Pablo continuaba visitando diariamente á

las Evangelista, las calumnias continuaron. Varias jóvenes, ó sus madres, ó sus tias, resentidas por aquel matrimonio que habian soñado para ellas ó para sus familias, no perdonaban aquel triunfo á Mad. Evangelista. Algunos se vengaban de veinte años de lujo y de grandeza, que la casa española habia hecho pesar sobre su amor propio. Un grande hombre de la prefectura, decia, que ni la familia ni los dos notarios, podian adoptar otro lenguaje y otra conducta, en el caso de una ruptura. El tiempo que exigia la creacion de un mayorazgo, confirmaron las sospechas de los políticos bordeleses.

—Nos divertirán este invierno, despues irán á tomar baños, y dentro de un año, sabremos que el matrimonio se lo llevó el viento.

—Es muy claro, decian unos, que para poner á salvo el honor de las dos familias, las dificultades tomarán su origen de la chancillería: alguna cuestion promovida sobre el mayorazgo, será el motivo de ruptura.

—¡Si Mad. Evangelista gastaba de un modo enorme! ni con las minas de la Valenciana!

Cuando quiere vender sus diamantes, muy apurada estará.

¡Escelente ocasion para suponer cada cual los gastos de la bella viuda, á fin de establecer categóricamente su ruina! Los rumores fueron tales, que hasta llegó á apostarse en pró ó en contra del matrimonio. Estos murmullos, corrian, segun costumbre, sin llegar á los oidos de las personas interesadas. Nadie era bastante amigo de Pablo ó de Mad. Evangelista para noticiárselos. Ocurriósele á Pablo ir á Lanstrac á arreglar algunas cosas, y aprovechó aquella circunstancia, para invitar á una partida de caza, á algunos jóvenes de la ciudad: era su *adios* á la vida soltero. Esta partida fué aceptada por la sociedad como una confirmacion de las públicas sospechas. Con esta coyuntura, Mad. de Gyas que tenia una hija casadera, juzgó á propósito sondear el terreno, é ir á entristecerse con placer por el *fiasco* de las Evangelista. Natalia y su madre se sorprendieron al ver el dolorido rostro de la marquesa y la preguntaron si la habia acontecido algo desagradable.

—Acaso ignorais, dijo ella, los rumores que circulan. Aunque yo los he juzgado falsos, sin embargo, he venido á saber la verdad, á fin de hacerlos cesar, si no en todas partes, al menos en mi círculo de amigos. Ser juguete ó cómplice de un error es una posicion demasiado falsa para una amiga.

—¿Pero qué sucede? preguntaron madre é hija.

Mad. de Gyas, tuvo el placer de contar todos los chismes que corrian, sin perdonar un solo dardo á sus dos amigas. Natalia y su madre se miraron riendo: habian comprendido la intencion de su amiga íntima. La española, tomó la revancha del mismo modo casi, que Celimena con Arsinoé.

—¿Ignorais, amiga mia, vos que conoceis tan bien la vida de provincia, ignorais de lo que es capaz una madre que tiene una hija soltera que no se casa por falta de dote, ó por falta de novio, ó por falta de belleza, ó por falta de talento y algunas veces por falta de todas estas cosas? Robaria una diligencia, asesinaría, esperaria á un hombre tras de una esquina, se

venderia cien veces si conservase algun resto de belleza. En Burdeos se ven muchas en esta situacion, que sin duda nos favorecen con sus pensamientos y sus acciones. Los naturalistas nos han retratado las costumbres de muchos animales feroces, pero han olvidado las de una madre y una hija en busca de novio. Estas son las hienas que, segun el Salmista, reunen á su instinto de bruto, la inteligencia del hombre y el génio de la muger. Que estén furiosas esas pequeñas arañas bordelesas Madlle. de Belor, Madlle de Trans, tanto tiempo ocupadas en tender sus telas sin enredar á ninguna mosca, lo concibo, y las perdono sus envenadas murmuraciones; pero vos, que casareis á vuestra hija cuando querais, vos, rica y con título, que nada teneis de provinciana; vos, cuya hija es tan espiritual, tan bella, que puede elegir; vos tan dotada de todas las gracias parisienses; que hayais vos tomado parte en todos esos chismes, eso si que me asombra. ¿Debo yo dar cuenta al público de las estipulaciones matrimoniales, que las gentes de bufete, han juzgado útiles en las circunstancias políticas que prevalecerán

en la existencia de mi yerno? Ha de llegar hasta el seno de la familia, esa pública mania de deliberar? Ha de ser menester reunir por medio de circular, á los padres y las madres de *vuestra* provincia para que asistan á la discusion de los artículos de nuestro contrato de matrimonio?

Un torrente de epigramas llovió sobre Burdeos. Mad. Evangelista abandonaba la ciudad: podia revistar á sus amigos, enemigos, caricaturarles, azotarles á su sabor sin ningun cuidado; así es, que dió á luz todas sus observaciones, todas sus aplazadas venganzas, al inquirir los motivos que habian inducido á tal ó cual persona, para negar en pleno dia la luz del sol.

—Pero, amiga mia, dijo la marquesa de Gyas, el viaje de Mr. de Manerville á Lanstrac y esa fiesta que dá.....

—¡Oh! interrumpió la viuda, ¿creis que nosotros seguimos el ceremonial adoptado por la clase media? Acaso tenemos encadenado al conde Pablo, como temiendo que pueda escapársenos? Creeis que tengamos necesidad de hacerle guardar por una pareja de gendarmes,

recelando que nos le robe alguna conspiracion bordelesa?

—Estad persuadida, amiga mia, de que me alegro infinito.....

Un criado que entró anunciando al conde de Manerville, cortó la palabra á la marquesa. Como á todos los enamorados, parecióle encantadora la idea de abandonar á sus amigos por un rato, andar cuatro leguas á escape, y pasar una hora al lado de Natalia. Llegaba salpicado de lodo, con espuelas y látigo en mano.

—Querido Pablo, dijo Natalia, ¿á que no adivináis qué decíamos en este momento á la señora?

Cuando Pablo estuvo al corriente de las calumnias que circulaban, se echó á reir en vez de montar en cólera.

—Esas buenas gentes, ignoran quizás, que aquí no habrá ni boda, ni festines; ni siquiera matrimonio á las doce del dia en la iglesia: por eso están furiosos. Pues bien, madre, dijo besando la mano á Mad. Evangelista, les tiraremos á la cabeza un baile, el dia que firmemos el contrato, del mismo que al pueblo se le tira

su fiesta en el gran salon de los Campos Elíseos, y procuraremos á nuestros buenos amigos, el doloroso placer, de firmar un contrato de matrimonio, cosa rara en provincias.

Este incidente fué de alta importancia. Madame Evangelista, invitó á todo Burdeos para el dia en que se habia de firmar el contrato, y propúsose desplegar en su última fiesta una magnificencia, que diese un solemne mentís á las murmuraciones de la sociedad. Aquello fué un compromiso público del matrimonio entre Pablo y Natalia. Los preparativos para aquella fiesta duraron cuarenta dias, y fué conocida con el nombre de *la noche de las camelias*. Habia una inmensa cantidad de estas flores en la escalera, en la antecámara y en el salon donde se sirvió la cena. Este detalle coincidió naturalmente con los que exigian las formalidades preliminares del matrimonio y los pasos dados en París para la creacion del mayorazgo. Verificóse la compra de las tierras lindantes con Lanstrac, publicáronse los edictos y las dudas se disiparon. Desde entonces, amigos y enemigos ocupáronse tan solo en preparar sus